



DE HISTORIA Y TOTALIDAD: LEOPOLDO ALAS FRENTE AL LEGADO ERUDITO DE JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

MARIANO SABA
Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso"
Universidad de Buenos Aires (UBA) / CONICET
marianosaba@gmail.com*

"Y cuantas más ideas tenían, más sufrían"
Gustave Flaubert, *Bouvard y Pécuchet*

RESUMEN

En su rol como crítico de actualidad, Leopoldo Alas debió enfrentarse a la erudición historicista impugnando sus excesos en cuanto a la dialéctica entre historia y totalidad. La relación con el proyecto de historia literaria de su antiguo maestro Amador de los Ríos permite pensar cuánto de esa contienda incidió en la configuración de Clarín como lector legitimado de su literatura nacional.

Es decir, si el crítico encarna un modo específico de leer –el cual consistiría justamente en registrar la práctica misma de la lectura–, el caso de Alas resulta significativo. La trayectoria del autor de *La Regenta* lo lleva desde la admiración a su maestro Amador de los Ríos –al punto de "perder la letra" tratando de apuntar el todo del saber "oído" en sus clases–, a la opinión tardía de que la historia de la literatura española no había sido aún conquistada por nadie. Esa paradójica retractación es la que ilumina, en buena parte, la compleja postura de Clarín frente a la erudición de su tiempo.

Palabras clave: Amador de los Ríos, Clarín, crítica, historia literaria.

Fecha de recepción: 17 de diciembre de 2017 - Fecha de aceptación: 8 de septiembre de 2019

*Noviembre 2017

OF HISTORY AND TOTALITY: LEOPOLDO ALAS AGAINST THE ERUDITE LEGACY OF JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

ABSTRACT

In his role as a critic of the present, Leopoldo Alas had to confront the historicist erudition by challenging his excesses in the dialectic between history and totality. The relationship with the literary history project of his teacher Amador de los Ríos allow us to think how that struggle affected the configuration of *Clarín* as a legitimate reader of his national literature.

In other words, if the critic embodies a specific way of reading –which would consist precisely in recording the practice of reading itself–, the case of Alas is significant. The path of *La Regenta's* author takes him from the admiration to his teacher Amador de los Ríos –to the point where *Clarín* loses "his handwriting", trying to note the whole knowledge "heard" in the classes of the spanish sage–, to his late opinion that the History of Spanish Literature had not been conquered by anyone yet. This paradoxical retraction is what illuminates, in part, the complex position of *Clarín* in relation to the erudition of his time.

Keywords: Amador de los Ríos, *Clarín*, criticism, literary history.

ALGUNOS PRELIMINARES: LEOPOLDO ALAS Y LA DIALÉCTICA ENTRE HISTORIA Y TOTALIDAD COMO HERENCIA ERUDITA

En su libro *El último lector*, bajo una estrategia cuya legitimidad debe mucho a la lucidez inigualable de su estilo, Ricardo Piglia propone buscar figuraciones del lector en la literatura, "esto es, las representaciones imaginarias del arte de leer en la ficción" (Piglia, 2005, p. 24). Con una idea de ficción claramente abarcadora de lo historiable y también de lo biográfico, Piglia avanza desde la imagen borgeana de quien pierde la vista leyendo hasta la compleja figura de Ernesto Guevara, en la tensa encrucijada entre el acto de leer y la acción político-revolucionaria. Sin entrar en los pormenores del memorable volumen, vale la pena destacar que Piglia no se pregunta allí *qué* es leer sino más bien *quién* es el que lee: para qué y bajo cuáles condiciones el lector ejerce como tal. En primer lugar nos interesan pun-



tualmente sus planteos al respecto ya que el encuadre por el que opta lo obliga rápidamente a tipificar entre los arquetipos lectores al del *crítico* propiamente dicho:

Por de pronto, el nombre asociado a la lectura remite a la cita, a la traducción, a la copia, a los distintos modos de escribir una lectura, de hacer visible que se ha leído (el crítico sería, en este sentido, la figuración oficial de este tipo de lector, pero por supuesto no el único ni el más interesante). Se trata de un tráfico paralelo al de las citas: una figura aparece nombrada, o mejor, es citada. Se hace ver una situación de lectura, con sus relaciones de propiedad y sus modos de apropiación. (Piglia, 2005, p. 24)

El crítico es, en estos términos, la figuración específica de ese modo de leer que registra la práctica misma de la lectura. Y en segundo lugar, la articulación de Piglia en torno a este tema nos facilita otro detalle de valor al asociar el acto de leer y la notación particular de la lectura dentro de la borgeana versión de la réplica que implica todo ejercicio lector:

El registro microscópico de las lecturas también se expande, el lector va de la cita al texto como serie de citas, del texto al volumen como serie de textos, del volumen a la enciclopedia, de la enciclopedia a la biblioteca. Ese espacio fantástico no tiene fin porque supone la imposibilidad de cerrar la lectura, la abrumadora sensación de todo lo que queda por leer. (p. 27)

Como señalamos ya, las nociones de Piglia en torno a la figura del lector, ayudan de manera acertada a pensar los modos en que algunas figuras pioneras de la crítica decimonónica –como fue el caso de Leopoldo Alas– se postularon a sí mismas dentro del complejo entramado de lecturas legitimadas como agentes de una matriz capaz de diseñar y predisponer la cuadrícula deseable de la cultura oficial española. Más allá de sus diferencias en tanto elementos diversos de ese campo simbólico que fue la crítica finisecular del XIX, y excediendo incluso sus disensos políticos y religiosos, muchos de los lectores legitimados de la Restauración española se vieron apelados por dos dilemas

fundamentales en torno a la crítica literaria. Por un lado, su pertinencia como lectores de la especificidad del canon pretérito o de la reacción inmediata que demandaba la literatura de actualidad. Y por otro lado –y en medio del declive nacionalista que sufría el contexto– estos intelectuales debieron hacer frente a la dificultad dialéctica entre historia y totalidad, la cual exigía la sistematización urgente de un tesoro cultural simbólico capaz de sublimar el fracaso político que signaba a España entre las demás potencias de Europa. La inconclusión por entonces de una historia de la literatura española –y de su realidad siempre diferida, como un legado fallido que va desde José Amador de los Ríos a Marcelino Menéndez Pelayo o al mismísimo Leopoldo Alas– sigue hoy emitiendo la pregunta acerca de sus verdaderas razones. En este sentido, y a partir de la indagación específica de ciertos matices constitutivos de la praxis crítica clariniana, consideramos necesario revisar su vínculo con el plano del saber "lector" legitimado y así poder definir –sobre todo a través del vínculo con su antiguo maestro Amador de los Ríos– los modos en que cierto tipo de saber erudito condicionó las formas mismas en que desarrolló su autoridad lectora.

LECTURAS, SABERES Y RESTAURACIÓN: EL LEGADO ERUDITO Y LA CRÍTICA DE ALAS

Jacques Rancière (2011) supo enfatizar cierta dimensión política en la historia del término "literatura". Cercano a algunos planteos de Foucault presentes en *Las palabras y las cosas*, Rancière evoca una vez más la analogía entre literatura y arqueología:

Lo que la literatura opone al privilegio de la palabra viva (...) es una escritura concebida como máquina que hace hablar a la vida, una escritura a la vez muda y más parlante que la palabra democrática: una palabra escrita sobre el cuerpo de las cosas (...), pero también una palabra que nadie profiere, que no responde a alguna voluntad de significar y que expresa la verdad de las cosas así como los fósiles o las estrías de las piedras cargan su historia por escrito. (p. 31)

Según Rancière quienes dictan ese juicio saben ya por entonces, "en la era de la arqueología, de la paleontología y de la filología", que



las piedras, como la literatura, "sobre su cuerpo portan el testimonio de su historia" (p. 31). Y añade:

La verdad de la literatura se inscribe en la vía abierta por esas ciencias que hacen hablar a los vestigios sin vida: fósiles de paleontólogo, piedras o pliegues tectónicos del geólogo, ruinas del arqueólogo, medallas e inscripciones del anticuario, fragmentos del filólogo. Hace que la nueva sociedad confiese su verdad tal como todos esos estudiosos han tratado de restaurar la verdad de la vida de los pueblos antiguos. (p. 33)

Es indudable que en estas ideas volcadas en torno a la politicidad de lo literario como testimonio "arqueológico" de lo social, habita no solo el modelo pionero de Taine sino también su carácter totémico para la naciente genealogía de la erudición europea. Para el caso específico español, conviene recordar que el campo erudito aflora en el último cuarto del siglo XIX no sólo como garante del selecto capital literario proveniente del pasado imperial, sino que además se constituye como emergente intelectual ante el declive político que España experimenta con la crisis de su languideciente colonialismo. La canonización erudita de la biblioteca española termina en cierto sentido resultando clara sublimación nacionalista ante los embates de la crisis finisecular del XIX. La emancipación de las últimas colonias provoca un vacío territorial que España empieza a identificar allí donde antes solía reconocer apéndices concretos del esplendor imperial. Y justamente en ese vacío pareciera que el ámbito erudito busca situar de manera urgente sus proyectos históricos para la literatura nacional, vectores capaces de vertebrar simbólicamente el cuerpo debilitado de la nación en crisis¹.

¹ Álvarez Junco (2005) retoma ciertas ideas de Hobsbawm sobre el doble programa político que condujo a los nacionalismos europeos, y afirma para el caso español cierto fracaso general en los efectos de ese proyecto: "...la situación del nacionalismo español en las últimas décadas del siglo XIX se resumía de manera sencilla: había fracasado en ambos terrenos. En el de la reforma política interna, la revolución liberal estaba congelada; en el ámbito exterior, el imperio colonial se había perdido o se hallaba en trance de perderse" (p. 508). Ante la caída de ese vector, surgen hacia fin de siglo movimientos concretos como los intentos de una nueva expansión imperial hacia África. Pero emergen además, dentro del plano simbólico, tanto la reivindicación de una hispanidad literaria tendiente a religar la metrópoli con sus antiguas "colonias" ya emancipadas, como también las historias de las literaturas nacionales.

Algo de esto lograría atisbar Ortega y Gasset en su artículo sobre "Restauración y erudición", incluido en *Meditaciones del Quijote* de 1914. Durante ese período en el cual dice que España llegó "a dar el menor número de latidos por minuto" (p. 56), menciona el aparente afán de una ciencia expansiva capaz de dar afanosa cuenta de un todo imposible...

Así parece como que en la Restauración nada falta. Hay allí grandes estadistas, grandes pensadores, grandes generales, grandes partidos, grandes aprestos, grandes luchas: nuestro ejército en Tetuán combate con los moros lo mismo que en tiempo de Gonzalo de Córdoba; en busca del Norte enemigo hienden la espalda del mar nuestras carenas, como en tiempos de Felipe II; Pereda es Hurtado de Mendoza, y en Echegaray retoña Calderón. Pero todo acontece dentro de la órbita de un sueño; es la imagen de una vida donde sólo hay de real el acto que la imagina. (Ortega y Gasset, 1976, p. 56)

La cita de Ortega revela dos cuestiones: por un lado que el *todo* onírico del cual esa erudición pretendía dar cuenta no podía ocultarse ya como lo que en realidad era: un cúmulo de fragmentos vaciados simbólicamente. Y por otra parte que además ese vacío simbólico hallaba su lenta muerte diferida en la larga estrategia de considerar al presente como mera actualización directa del fulgurante pasado imperial.

No desestima como ejemplo notable Ortega aquel intento voraz de cualquier erudito de la Restauración por incluir en la historia literaria hasta la nimiedad más irrisoria con tal de que abundara por su existencia en las arcas identitarias de España:

Estúdiese la crítica literaria de la época; léase con detención a Menéndez Pelayo, a Valera, y se advertirá esta falta de perspectiva. De buena fe, aquellos hombres aplaudían la mediocridad porque no tuvieron la experiencia de lo profundo. (p. 57)

Esta denuncia de Ortega sobre la superficialidad que tiñó a la erudición restauradora forma parte quizá de la diatriba que el antirra-



cionalismo y el antiocularcentrismo europeo lanzó contra los monumentales proyectos eruditos del último cuarto del siglo XIX, los cuales tambalearon de manera inevitable con el desprestigio creciente del modelo positivista. La caída del "ojo" científicista que todo podía describirlo, listarlo y clasificarlo, no solo emite cierta información sobre los límites del alcance que tal encuadre tenía, sino también sobre el surgimiento de otro plano que excede la mera *superficie* a ser identificada y puesta en palabras. La nueva mirada es aquella que busca atravesar el nivel superficial de la mirada erudita: remite a la extacción de una *filosofía* "invisible", al concepto de lo "intrahistórico" unamuniano. Se trata del nacimiento de la *profundidad*⁷.

Sin embargo, –y a pesar de que la airada descripción de Ortega responde a las plenas coordenadas de esa contienda– la caída del

⁷ No es extraño reconocer en *Las palabras y las cosas* de Foucault cierta ajustada percepción de este problema y de su articulación con la crisis epistémica de la modernidad, y en ese sentido de la enorme deuda de la filología decimonónica con la historia natural. Tal como destaca en ese libro "la historia natural no es otra cosa que la denominación de lo visible" (2005, p. 133). La ingenuidad de dicha disciplina habría sido el resultado obvio de sufrir presión por parte de la evidencia de las cosas. Foucault sintetiza con claridad el dilema que se da entre los dos tipos de historia que ejemplarmente se oponen entre eruditos y críticos, entre la exigencia positiva de esa evidencia de las cosas y el retorno de la historia hacia la interioridad del que la percibe. Porque al señalar que recién en el siglo XIX "la vida adquiere su autonomía en relación con los conceptos de la clasificación" (p. 163), Foucault está ratificando el momento postrer de ese siglo como un tiempo decisivo en cuanto a los dos modos más significativos del conocimiento histórico. Porque es en esa instancia donde se decide entre el fósil y la vida, y el lugar de esa decisión pareciera ser la historia o –en el caso específico de Amador de los Ríos (o Menéndez Pelayo) y Clarín– la historia de la cultura y de las letras de España. Por eso creemos pertinente evocar aquí la rotunda frase de Foucault que señala el motivo de que el pasaje de la historia natural a la biología recién haya podido concretarse en el XIX, y que según entendemos respalda de forma indirecta nuestra idea de que fue el concepto de *profundidad* donde pudo cifrarse la renovación de la historia literaria española. Me refiero a aquella polémica afirmación en la que el sociólogo francés sostuvo de forma desafiante que "hasta fines del siglo XVIII, la vida no existía" (p. 161), que solo existieron hasta entonces los seres vivos capaces de organizarse en varias clases dentro de la serie de todas las cosas del mundo. Por otra parte, no es arriesgado situar esta cuestión dentro del marco general al que hace referencia el excelente estudio de Martin Jay (2007) sobre la denigración de la visión en las postrimerías del siglo XIX. Aunque se hace imposible sintetizar aquí la descripción cabal de este trabajo, baste comentar que Jay toma materiales provenientes de la literatura, la filosofía y las distintas artes visuales para comprobar que en la Francia de aquel momento las filosofías vitalistas –con Bergson a la cabeza– rompen con la fiebre de lo visible que se había generado a mediados del XIX. Señala que el enfrentamiento de los postimpresionistas con sus antecesores se debió, en parte, a la intolerancia frente a la hegemonía de la observación superficial proclamada por Taine y otros descendientes de Comte. La crisis del antiguo régimen escópico, según Jay, es paralela a una crisis epistemológica como la que indica Foucault. La descripción de las apariencias se reemplaza por la posibilidad de revelar estructuras profundas, lo que resta importancia al objeto y reorienta la atención al sujeto cognitivo.

modelo erudito para la historia literaria parece haberse debido no solo a lo que él señala en su breve ensayo, sino también al marco general que ponía en discusión la factibilidad de una historia abarcadora de lo total. Si el nacionalismo se dolía por la conciencia de lo que hasta entonces habíase considerado como un cuerpo de cierta "totalidad", si proponía ante su crisis un debate sobre el *vacío*, la respuesta *totalizadora* de la historia de la literatura no alcanzaba más que para evidenciar los excesos del ímpetu erudito y sus imposibilidades metodológicas.

En esta línea cabe recordar la esclarecedora ficción de Flaubert en torno a la voraz erudición de Bouvard y Pécuchet. En la genealogía de figuraciones que la lectura crítica y disciplinada puede haber tenido en la literatura francesa finisecular, el boceto satírico e inconcluso de estos dos personajes capturados por el ciclo de euforia y claudicación, en la sucesión imparable de las ciencias, resulta sin dudas cómico avatar de lo cotidiano. Cuando Bouvard y Pécuchet llegan a la *historia moderna*, su imposibilidad de abarcarla toda –es decir, de abarcarla en todos sus matices, desde todos sus ángulos posibles–, es lo que termina por empujarlos al hastío y al abandono...

Ya no tenían, sobre los hombres y los hechos de aquella época, una sola idea segura.

Para juzgarla imparcialmente sería preciso haber leído todas las historias, todas las memorias, todos los periódicos y todas las obras manuscritas, pues de la menor omisión puede depender un error que llevaría a otro y así ininterrumpidamente. Renunciaron a ello. (Flaubert, 2016, p. 125)

La ironía de esta novela emite un débil eco, sin embargo, de la sonora tragedia que implicó el conflicto decimonónico entre *historia* y *totalidad*. Volviendo al caso español –y como evocaremos más adelante–, el historiador Amador de los Ríos no logra llevar su historia crítica de la literatura española más allá de los Reyes Católicos³. Su

³ En relación con la *Historia crítica de la literatura española* es de referencia ineludible el estudio de Pozuelo Yvancos (2000). Allí ha demostrado cómo existen en Amador de los Ríos dos características que vertebran su historia: en primer lugar cierta *autoconciencia* expresa o actividad metacrítica que sitúa al historiador como si fuera el primero en narrar de forma objetiva y explicativa la historia toda de la literatura española (en contraste con las "subjetividades" de las historias foráneas); y, en segundo lugar, la antinomia *foráneo/genuino*,



discípulo Menéndez Pelayo no sólo incumple su proyecto de continuar dicha historia sino que muere –según reza el testimonio de su hermano Enrique– lamentando el tiempo faltante: "¡Qué lástima tener que morir cuando me quedaba tanto por leer!", reza el lema impreso en su monumento fúnebre de la Catedral de Santander. La erudición encuentra su límite justamente en la promoción de su objeto infinito. El agotamiento, podríamos arriesgar, llega de la mano de un proceso muy afín al de Bouvard y Pécuchet: el tiempo acumula una carga de lecturas y detalles capaz de vencer con su peso la estructura del deseo y de su concreción.

La erudición es su propio enemigo en tanto alberga dentro de sí el afán crítico de enumerarlo todo pero también de criticarlo. Florencia Calvo (2014, pp. 18-21) ha sugerido que la inconclusión de las historias de la literatura tanto en Amador de los Ríos como en Menéndez Pelayo, se debió en buena parte a la emergencia de un impulso crítico ya indisoluble de la catalogación histórica. Si la erudita historicización de los documentos y de sus datos más particulares deja lugar a la crítica sobre el contexto de producción del texto y sobre el carácter de su estilo, podemos proponer que es la propia crítica –como elemento naciente–, quien se infiltra y demora diferidamente la necesidad erudita de abarcarlo todo. Por eso resulta inevitable detenernos en el perfil de Alas, sobre todo en su pronunciamiento como crítico *no erudito*, siempre dispuesto a descentrar los afanes totalizadores de su maestro y de su antiguo compañero de universidad. Considerando que el propio germen erudito habría tenido ya dentro de sí la fecunda inspiración de la crítica estilística moderna, podríamos atisbar en el Clarín anti-erudito un paradójico adelanto del futuro crítico que según él mismo debía trascender los postulados historicistas de la erudición que tanto había condenado.

Joan Oleza (2001, 2002) fue pionero en registrar que en la actitud de Clarín hacia la tradición no fue poca la influencia de su formación en la Universidad Central de Madrid, donde tuvo a Amador de los Ríos como profesor. Por otra parte, y al decir del crítico, en el momento en que Clarín comienza su carrera la historia de la literatura española todavía está en un período de constitución. Poco hay más

que ya había encubierto en el siglo XVIII la antinomia *francés/español* y que seguiría creyendo hasta homologarse con la oposición pelayana *ortodoxia/heterodoxia* (elementos para nada menores dada la ligazón del tema con la cuestión del nacionalismo español en torno al declive imperial).

allá de la historia de Ticknor (con su versión inglesa de 1849 y la castellana de 1851-56), y de la propia *Historia crítica de la literatura española* (1861-65) de su maestro Amador de los Ríos. Nos parece reveladora la incidencia de esta obra en la configuración intelectual de un crítico como Alas, sobre todo considerando –tal como lo explica Oleza (2002)– que el propio

...Amador de los Ríos despliega una línea de argumentación según la cual la crítica literaria en España ha perturbado o impedido el desarrollo de una literatura y de una historia literaria acordes al espíritu nacional, relegando a la marginación la literatura popular y la tradición medieval en beneficio de preceptivas clasicistas dogmáticas, excluyentes e importadas del extranjero. (p. 63)

Clarín, cuyos vaivenes críticos estarían más de una vez signados por la *bifrontalidad* de un respeto dividido entre la tradición canónica española y las ansias de renovación europeísta, puede haber debido mucho a la tensión iniciática que el modelo erudito de Amador de los Ríos planteaba para un joven aficionado desde temprano a los nuevos aires llegados a España desde Francia y otros puntos "modernizadores" del resto de Europa. Lejos de la *galofobia* de Giner o de Revilla, su compromiso con la actualización de la literatura contemporánea española parece haber motivado fuertemente sus reparos contra el exclusivismo nacionalista del ámbito erudito.

Asimismo, en la genealogía de Alas como crítico existen también determinadas pautas que debemos considerar al momento de pensar su vínculo con lo erudito. En su ya clásico trabajo al respecto, Beser (1968) hace coincidir el periplo clariniano con el contexto de la generación crítica del 68. Para este grupo, son estímulos aglutinantes el debate en torno al naturalismo, el debilitamiento de la reacción antifrancesa, los reflejos del positivismo de Taine. Beser menciona también en relación con este asunto la descripción que hace González Serrano con respecto al declive del panorama crítico español finisecular. Para González Serrano, los únicos sobrevivientes a la abulia del contexto son Clarín, Menéndez Pelayo y Palacio Valdés...

De los tres, Palacio Valdés abandonaría pronto la labor crítica; mientras los otros dos, Alas y Menéndez Pelayo, que-



darían como las dos figuras capitales de la crítica española de la Restauración, y, dentro de sus respectivos campos, la historia literaria uno, la crítica "militante" el otro, como las más importantes de cualquier época. (p. 58)

Como puede extraerse del estudio de Beser, la distinción entre Alas y lo erudito tiene base entonces en la delimitación temprana de la crítica española según sus objetos pertenezcan o bien a la historia, o bien a la *actualidad*. La "militancia" de Alas, en su ejercicio higiénico o "policiaco", busca custodiar una supuesta norma crítica capaz de contener al presente dentro de las exigencias del pasado (canonizado, claro está, por la erudición historicista). En esta operatoria de lectura, muchas veces la comparación de Clarín con la literatura pretérita condena como decadente a su coetaneidad. Según Beser, no hay rastro "histórico" dentro de la tradición crítica de España: "son ellos, los hombres de la generación del 68 y los de la Restauración los que están creando la crítica española" (p. 67). En esa creación del campo, conviene que retomemos la idea de que Alas conjuga el interés por el presente con su conciencia sobre el pasado (incluso a pesar de su reiterada auto-inscripción en la exclusiva lectura de la actualidad literaria). En términos donde Beser logra sintetizar la propia poética clariniana, podemos citar:

La problemática crítica de Leopoldo Alas se origina en el examen de la literatura coetánea; él es, utilizando sus propias palabras, un "crítico de actualidades", tipo de crítica que exige "un gusto propio, original y espontáneo", el cual no puede ser suplido por un amplio conocimiento histórico o literario, ni por el perfecto dominio de un determinado método crítico. El que estudie las obras coetáneas no quiere decir que considere fuera del campo de la crítica literaria a las obras de otros tiempos; en las grandes obras maestras, en la *Ilíada*, en la *Divina Comedia*, en el *Quijote* y el *Fausto*, "hay mucho más –nos dirá– de lo que puede ver cada cual en las distintas circunstancias de la vida; son, como la naturaleza, un libro abierto en que puede leer cada edad y cada hombre páginas muy distintas". (Beser, 1968, p. 68)

Clarín considera que –sin descartar el positivismo científico de Taine– la crítica debe responsabilizarse por la emisión de un *juicio estético*. De este modo, la única crítica que rechaza "es la que siendo apreciación subjetiva pretende pasar por valoración objetiva" (Beser, 1968, p. 74). Y si bien hacer de la percepción personal un dogma intocable es vicio que denuncia en Brunetière, podría hacerse extensiva dicha operatoria a la erudición que esconde sus contradicciones bajo la pretensión de "objetividad". Desde el inicio de sus objeciones al grupo erudito, la militancia crítica de Alas le imputa la falacia de buscar una totalidad histórica sumergiéndose en las exigencias de un detallismo pueril. En esta línea, Clarín advierte a Menéndez Pelayo en *Mezclilla* (de 1889) sobre el peligro de perderse en los detalles. Luego de recordar el trunco proyecto de su maestro Amador de los Ríos, y de elogiar su intento y de impugnar su exceso, explica Alas:

Mucha falta hace, sin duda, que se corrijan cuanto antes, y por quien tenga datos y criterios suficientes para ello, los muchos errores técnicos de la historia de nuestra literatura. (...) Pero ¡por Dios!, no olviden Menéndez Pelayo ni los que le sigan que todo eso, con ser muy importante y lo primero, no es lo principal. (...) Hay algo peor que el ingenio agudo y profundo que sin datos suficientes se entremete a tratar asuntos históricos por medio de intuiciones, hipótesis y conjeturas; peor es el ingenio oscuro y nulo que, aprovechando las condiciones de un temperamento linfático y las ventajas de una imaginación dormida, a fuerza de paciencia recoge miles de documentos, los junta y clasifica a su modo, y ya cree tener hecha la historia de alguna cosa. (Alas, 2003, p. 1130)

El gran peligro sobre el cual advierte Clarín a Menéndez Pelayo es el de tornarse *erudito material*, anticuario de un acopio vacío que si bien puede satisfacer la idea de una historia como *superficie*, para nada logra responder a las exigencias de *profundidad*:

Escribir un libro tedioso, o cien libros de este género, para sacar a luz otros libros, tal vez tediosos también los más, no es rebuscar tesoros en lo pasado, sino echar tierra sobre tierra, sueño sobre sueño, olvido sobre olvido.



Nada más hermoso y útil que la erudición, fecundada por el ingenio; nada más inútil que la manía del papel viejo profesada por un espíritu opaco, adocenado y estéril. (p. 1131)

Bajo la sombra de esa acechanza en la que Menéndez Pelayo debe reparar, según Clarín, queda clara la gran dificultad de lo erudito en la recurrente misión de escribir la historia de la literatura española a fines del siglo XIX. Una dificultad matriz que puede reconocerse en el límite dialéctico entre *historia* y *totalidad*: he ahí lo que podemos arriesgar como la paradoja erudita finisecular en torno a la descripción de su tradición literaria. Y a pesar de situarse en el lugar de *outsider* legitimado por su tarea específica de comentar la actualidad, es esa misma paradoja la que pudo haber condicionado a Leopoldo Alas en su *bifrontalidad* como lector del desempeño erudito español. Para ejemplo de ello, confrontemos el problema con su propio mito fundacional de autor: el modo simbólico en que –según el mismo Alas– su propia letra debió sacrificarse en aras del saber inconmensurable de su antiguo maestro Amador de los Ríos.

PERDER LA LETRA: EL CASO ESPECÍFICO DE LEOPOLDO ALAS Y AMADOR DE LOS RÍOS

Cabe reponer entonces aquí, a modo de caso testigo, el contexto en el que la crítica clariniana –nodo de resistencia oblicua ante el modelo erudito historicista– se funda paradójicamente, en cierta reacción temprana contra el proyecto de Amador de los Ríos. Como adelantamos ya, a caballo entre el siglo XIX y el siglo XX, España vive una de las crisis de identidad más importantes de su historia moderna. Reconociéndose ella misma como heredera del viejo Imperio que lograra abarcar otrora tierras remotas tanto en Europa como también en África o América, su antiguo esplendor áureo termina por colisionar hacia la última década de los 90 con los alzamientos e independencias de sus últimas colonias. Especialmente la guerra de Cuba enfrenta a España con el fin de su ambicioso legado imperial: el nacionalismo español pergeña, entonces, una serie de estrategias culturales tendientes a sublimar por medio del capital literario la fallida empresa territorial que agonizaba entre sus manos. Así, queda dicho que la erudición, en este sentido, halló resguardo en nombres

como Alberto Lista –a través de sus conferencias en el Ateneo de Madrid–, José Amador de los Ríos –al frente de la primera cátedra de Historia de la Literatura Española en la Universidad de Madrid– y posteriormente, Marcelino Menéndez Pelayo. Podría decirse que cierta línea academicista rige la voluntad de esos sujetos por reforzar el valor español dentro del acervo europeo, actualizando su capital simbólico a través de historias de su literatura, monografías sobre sus autores y temas más destacados, catálogos bibliográficos exhaustivos en temas disímiles (desde las bellas letras a las diversas ciencias). En esa campaña erudita de reivindicación nacional, Clarín –liberal y republicano– fue uno de los autores menos comprometidos. Alas permanece distante ante la exigencia conservadora de esa erudición afanosa por extender en el vacío territorial un campo simbólico repleto de literatura canónica y, sobre todo, de teatro áureo. Lope, Tirso, Calderón pasan a ser el centro mismo del canon: es la época en que el teatro nacional comienza a palpitar gracias al pulso erudito como la más ajustada condensación ideológica de la idiosincrasia española. La literatura entonces es listada, inventariada, explicada, sintetizada. Sin embargo, y a pesar de la recurrencia con la que Clarín menciona una y otra vez su pertenencia al campo crítico de lo actual y no al erudito, es inocultable el interés que demuestra con respecto a los sabios custodios del canon español. Su rol higiénico de comentarista de actualidad –siempre atento a señalar los desvíos de la literatura de su presente– no le impidió para nada generar señalamientos sobre el campo erudito, su función y sus efectos.

Tal es así que en un libro tan temprano como *Solos de Clarín*, de 1881, incluye su artículo titulado "Amador de los Ríos" donde rinde homenaje a su profesor recientemente fallecido y recuerda el proyecto inacabado de la *Historia crítica de la literatura española*. Alas ubica ahí a su antiguo maestro como origen del verdadero proyecto científico de dar forma a una historia de la literatura española. Dice que "fue un erudito el que murió, un sabio profesor que había echado los verdaderos cimientos a la historia científica de la literatura española" (Alas, 1971, p. 31) y agrega:

Cuando Amador de los Ríos concibió el pensamiento de consagrarse a la historia de la literatura española era muy joven. Yo oí alguna vez al inolvidable profesor pintar el entusiasmo con que había abrazado este proyecto



magno y la ocasión de formarle: hábale inspirado esta idea y esta decisión el eminente maestro don Alberto Lista cuando explicaba en el Ateneo literatura española con un criterio tan inaudito entonces. (p. 31)

Y señala Clarín:

Lejos está la obra de Amador de los Ríos de ser perfecta, aún en punto a erudición, ni a crítica bibliográfica siquiera; pero es, sin duda, y con mucho, la más rica, la mejor ordenada, la que presenta menos lagunas y, sobre todo, tiene el mérito grandísimo de ser metódica, filosófica, de dar alguna enseñanza crítica, que en los trabajos de sus predecesores no se encuentra. (p. 32)

Este avance le permite a Clarín suspender su ensayo en la búsqueda de una continuidad para tamaña empresa erudita: "¿Quién continuará, quién perfeccionará la obra de Amador de los Ríos?" (p. 32), se pregunta y sugiere: "¿Será el ilustre joven que le sucedió en la cátedra?" (p. 32). El ilustre joven era ni más ni menos que Menéndez Pelayo, quien a pesar de proseguir en su estrado como profesor, a tal punto fue capturado por el afán decimonónico de la totalidad que llegó a pensar en su extensa y monumental *Historia de las ideas estéticas en España* como mero prólogo a esa historia de la literatura española que en definitiva iba a postergar hasta su muerte.

Curiosamente Menéndez Pelayo y Clarín habían sido compañeros del curso de Historia de la Literatura Española que dictara Amador de los Ríos en la Universidad de Madrid en 1874. Como mencionamos ya, la admiración de ambos por el prestigioso historiador devino en derroteros contrastantes. Si Menéndez Pelayo siguió la senda de una historia cuya aspiración positivista de documentación total replicó el síntoma de la inconclusión; Clarín se refugió en la crítica de actualidad, y juzgó el fracaso erudito a distancia. En el citado libro *Mezclilla* de 1889, Alas incluye su artículo "Lecturas" donde llega a afirmar:

La historia de la literatura española puede decirse, sin ofender a nadie, que no se ha escrito. Hay muchos tratados apreciables, algunos de mérito extraordinario, destinados a tan ambicioso propósito; pero en ninguno de

ellos aparece en modo suficiente el cuadro de nuestra literatura desde sus primeros días hasta los presentes. (Alas, 2003, p. 1124).

Como si se tratara de una *apostasía* laica, Clarín abjura de su antigua fe en la erudición y tan sólo una década después de opinar lo contrario, y en pleno recrudescimiento restaurador de la crisis hispánica, afirma:

Este y algunos otros reparos obligan a declarar, después de repetir que la *Historia crítica de la literatura española* es por muchos conceptos admirable, que no es, con todo, el libro que hoy se necesita, y por eso, al comenzar este artículo, decía yo que la historia general de nuestras letras no se había escrito hasta la fecha. (p. 1128)

En la abjuración del mérito del antiguo maestro, la *herejía* intelectual clariniana demuestra su objetivo: la emancipación de la crítica de la *auctoritas* paterna academicista, del yugo del rigor erudito. Clarín, crítico "higienista" de actualidad, gran "saneador" de vicios literarios, quijotesco luchador contra modas parisinas y modernismos darianos, parece haber tenido también otros antagonistas tal vez menos evidentes. Uno de ellos fue, si no bien sus agentes, sí al menos el peso estricto de un proyecto erudito que se había planteado a sí mismo como sublimación nacionalista y que había terminado por tornarse sin embargo carga fallida de inconclusa totalidad. La historia de las letras españolas no existe, dice Clarín, incluso a pesar de sus geografías repetidas, de la centralidad del teatro barroco y de Cervantes, de la tan mentada competencia áurea con los clásicos antiguos.

En la genealogía simbólica de Leopoldo Alas, negar la existencia de la historia de la literatura puede asociarse con una escena de juventud. Tal como recoge Lissorgues (2007) en su biografía del autor, Clarín defendió su proverbial mala letra en estos términos:

Y de mí, puedo decir, aunque sea demasiado buena comparación, que así como Cervantes no quedó manco en ninguna taberna, yo no eché a perder la letra por causa vergonzosa; siguiendo con la pluma la palabra rápida de profesores como Canalejas, Castro, (...), Amador de los



Ríos, Fernández y González, Valle, Giner y muchos otros. Docenas y docenas de cuadernos llené con las explicaciones de esos y otros catedráticos, y por eso ahora mi letra parece taquigrafía. (p. 989)

No es menor la alusión clariniana de "perder la letra" tratando de registrar la voz de su antiguo maestro de historia de la literatura española: casualmente una voz otra también obsesionada con el registro total de su objeto. A juzgar por esos apuntes⁴, cierto es que Alas pasó el año de 1874 intentando transcribir velozmente un módulo de historia de la literatura española cuya extensión era de tal magnitud que conspiraba indeclinablemente contra el tiempo de cursada. Más de ciento cincuenta folios de apuntes manuscritos no sobrepasan en contenidos cronológicos a la época del Arcipreste de Hita. En este sentido la resonancia metafórica de que el crítico haya "perdido su letra en la voz del erudito" habla a las claras una vez más del problema del antirracionalismo decimonónico, de la crisis positivista de la historia y del declive nacionalista español –tan vinculado con una totalidad territorial rota e insustituible por otra literaria–. En este enclave personal corrobora la figura misma de Alas como aquel lector al que Piglia aludía en su tipificación del "crítico" como figuración oficial del que busca afanosamente escribir (y exhibir) una lectura. En su mito de origen como autor, el joven Alas ya concuerda con ese molde de quien intenta por todos los medios poner por escrito su lectura (y la de otro, en este caso); de aquel que intenta hacer visible que se ha leído (y *oído* lo que otros han *leído*); que trata de mostrar que se ha pertenecido a una cadena de relaciones de propiedad –con sus citas y sus modos de apropiación de las citas–; y que ha contribuido a fortalecer esa cadena y a continuarla como fiel eslabón. Una pertenencia que, en su caso, se produce incluso metafóricamente a costa de la propia *letra*. Pérdida significativa en la trayectoria intelectual de un crítico que fomenta como mito de origen la lesión –en el sentido visible– de su sentido de escritura por la voracidad que exige la notación del saber "oído" que emite la lectura de otro sabio.

Clarín transita con respecto a Amador de los Ríos un camino que va desde la admiración a la palinodia: su retractación implica negar

⁴ Manuscritos que hemos podido obtener y analizar gracias al permiso de los herederos de Leopoldo Alas y al envío de los documentos digitalizados por parte de la Biblioteca de Asturias "Ramón Pérez de Ayala".

la existencia de una historia de la literatura española. Esto no solo debería iluminar las especificidades del vínculo entre ambos escritores sino también buena parte de la caída que vivió el proyecto erudito español a fines del XIX. La escena de lecto-escritura que implica "perder la letra" podría significar algo más: el que intenta apresar la erudición, "apuntar" ese saber de "totalidad" recae en una tarea que se ve obligada a ser fiel en la notación. Se trata de "anotarlo todo" cuando lo que se debe escuchar es justamente el *todo del saber*. En ese caso se revela lo riesgoso que sería quedar detrás del sentido: escribirlo "todo" implica simbólicamente *desdibujar* el sentido –"hacer mala letra"–, ya que el *todo* nunca es factible de ser anotado. Lo que en realidad termina registrándose en el intento de anotar *todo* es paradójicamente la *nada*. Este cortocircuito de intento de reproducción del saber total que fracasa en una anotación "ilegible" (los apuntes clarinianos "inintendibles" de las clases de su antiguo maestro) casualmente repite el problema mismo de la totalidad y de la caída o fracaso de la historia literaria en Amador de los Ríos. La letra de Alas, lejos de haberse perdido, podría cifrar simbólicamente –en su imposibilidad por dar cuenta del bagaje erudito– esa inexistencia misma de una historia total de la literatura española, ausencia que en su vida adulta se ocuparía de denunciar a viva voz.

ALGUNAS CONCLUSIONES

En la notable parodia del erudito que Flaubert imaginó anticipadamente, Bouvard y Pécuchet agotan insaciables cada una de las disciplinas del saber de su tiempo en una espiral que los arroja de los libros al hastío y viceversa. Todo, hasta el último eslabón de la cadena sapiencial, se agota en el recorrido menor de su superficie. Así, hasta el propio lenguaje pasa a ser un contenido de ajenidad ridícula: "Concluyeron que la sintaxis es una fantasía y la gramática una ilusión" (Flaubert, 2016, p. 149). No parece casual la denigración misma de la *sintaxis*, como zona última de la reprobación del saber. En cierto sentido la propia erudición pareciera ser una especie particular de *sintaxis*, capaz de vincular citas en la producción de un sentido renovado... Sin embargo, en su saturación, lo erudito revela el gesto personal de su fracaso: esa *sintaxis* se enrarece, se vuelve ininteligible en su expansión hipertrofiada. La lengua erudita se vuelve así pura insignificancia en la acumulación de ejemplares "insignificantes" que



tienen como objeto último nutrir el volumen gigantesco de una biblioteca capaz de redimir la crisis política y territorial de su nación. Lo erudito muestra su sensación de carencia: la cultura es saturación, una angustia debida a que todo está escrito. Siguiendo las ideas de Piglia comentadas en el primer apartado, el problema de la erudición es cómo y por qué escribir una lectura. En este sentido la contienda de la crítica se daría por la legitimidad en la conformación de los modos previos a la lectura de una literatura en particular. Si partimos entonces de esta concepción de la crítica como responsable de crear una expectativa sobre determinada literatura, la posición defensiva de Clarín contra los excesos de la erudición resulta claramente constitutiva de su legitimidad como lector. Es sólo a través de su postura como "vigía" –"aduanero de las letras", lo llamó Unamuno– que puede permitirse advertir a la erudición española sobre el escollo previsible de su hiperbólico proyecto historicista. Y de ese modo, en la retaguardia crítica encargada de custodiar los procedimientos de construcción del pasado, Clarín pudo de forma oblicua descentrar la efectividad de la erudición española en torno al proyecto nacionalista de la historia literaria. Y a pesar de "haber perdido la letra" en el contorno del legado erudito, fue capaz de adelantarse a los errores de una herencia cargada por la paradoja "ocular" de captar un objeto sin límites dentro del límite histórico que ostenta toda mirada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alas, L. (2003). *Obras completas*. IV. Crítica (2º parte). Oviedo. Nobel.

— (1971). "Amador de los Ríos". En *Solos de clarín*. Madrid: Alianza.

Álvarez Junco, J. (2005). *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.

Beser, S. (1968). *Leopoldo Alas, crítico literario*. Madrid: Gredos.

Calvo, F. (2014). "Eruditos, críticos y editores en la España decimonónica: los casos de Amador de los Ríos, Menéndez Pelayo y Cotarelo". En *El erudito frente al canon II*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso".

Flaubert, G. (2016). *Bouvard y Pécuchet*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.

Foucault, M. (2005). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Jay, M. (2007). *Ojos abatidos. La denigración de la visión en el pensamiento francés del siglo XX*. Madrid: Akal.

Lissorgues, Y. (2007). *Leopoldo Alas Clarín, en sus palabras*. Oviedo: Nobel.

Oleza, J. (2002). "Las afinidades electivas de un liberal: Clarín y la tradición literaria". En Vilanova, A. y Sotelo Vázquez, A. (eds.). *Leopoldo Alas "Clarín"*. Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 61-79.

____ (2001). "Clarín y la tradición literaria". *Ínsula. Revista de Ciencias y Letras*, 659.

Ortega y Gasset, J. (1976). *Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela*. Madrid: Espasa Calpe.

Piglia, R. (2005). *El último lector*. Buenos Aires: Anagrama.

Pozuelo Yvancos, J. M. (2000). "Popular/culto, genuino/foráneo: canon y teatro nacional español". En *Theatralia III. Tragedia, comedia, canon. III Congreso Internacional de Teoría del Teatro*. Vigo: Universidad, Facultad de Filología y Traducción, Ediciones del Área de Teoría de la Literatura, pp. 235-260.

Rancière, J. (2011). *Política de la literatura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.